

los teatrillos, donde se retuerce el chiste y se exhibe la plástica femenina. Si este infante tuviese las aficiones científicas de su tío el ex emperador del Brasil, hasta podría cometer la extravagancia, duramente calificada de fijo por los *sportmen* del tiro de pichón, de frecuentar las Bibliotecas, los laboratorios, las Academias y las casas de los sabios. A bien que el infante no parece tocado de estas vesanias. En vez de obsequiarle con una sesión de la de Ciencias, lectura de Memoria, discursos, siesta disimulada, etc., se le ha ofrecido un partido de polo en el Hipódromo, y S. A. ha correspondido á la atención regalando para premio cuatro ricos maceteros de plata.

* *

El *sport* es una de las formas de la anglomanía portuguesa. No la censuro. Ser anglómano es ser algo. He dicho en otra ocasión que Portugal, en varios conceptos, se encuentra más adelantado que nosotros; se preocupa más de la instrucción pública y de muchas cosas que interesan á los pueblos modernos. Quizás á esto haya contribuido la anglomanía. De seguro no lo ha estorbado, ni ha servido para establecer cierto escepticismo y cierto sentido irónico de lo más burdo, pero de lo más funesto, que aquí se ha amparado en el flamenquismo. Imitar á los ingleses no puede traer malas consecuencias *colectivas*, aunque tenga, como todas las imitaciones, su parte de dulce ridiculez *individual*. Nuestros *sportmen* en vano quieren parecerse á sus modelos del ahumado Londres. El sol, el garbanzo, la peculiar vida española asoman á cada instante bajo la corteza de la británica tiesura y frialdad, de engomada elegancia y de atletismo. El español es pequeño, vivo, nervioso; el inglés, alto, robusto, flemático. Los juegos, los ejercicios ingleses, quieren una raza fuerte. Aquí se aclimatan como la orquídea en el invernadero; siempre son cosa rara y privilegio de alta sociedad, ó pretexto para verse y encontrarse en el *stand*, como sucede con las carreras de caballos.

* *

El infante portugués, en los primeros momentos, excitó la curiosidad porque se creyó que podría venir, como en los cuentos y las zarzuelas, en calidad de viajero pretendiente. Poco tardó este rumor en ser desmentido. Bastaba ver al duque de Oporto, que cuenta treinta y pico de años, y representa muchos más, y está grueso y calvo, para comprender que no tiene trazas de aspirante á la mano de una jovencita como la princesa de Asturias. El enlace de esta primavera flor de lis se supone concertado ya con un primo suyo, vástago de una dinastía destronada de la rama de Borbón. (No es D. Jaime, el hijo de don Carlos). Sólo el tiempo podrá decir si en efecto es cosa acordada la boda de la princesa con el descendiente de aquel ingenioso monarca tan graciosamente retratado por Alejandro Dumas en sus *Viajes*. Por hoy es un rumor, y la política, que nunca descansa, teje sus telas grises con los hilos luminosos de la dicha de un alma juvenil é inocente.

* *

La actualidad es el viaje de los marinos del crucero *Presidente Sarmiento* á Madrid, á recibir los obsequios que á porfía les previenen las autoridades, las corporaciones, las sociedades, los diarios, las esferas oficiales y las que más directamente representan la opinión pública y el sentimiento nacional. Los marinos vienen por tan corto tiempo — de exprés á exprés, según noticias — que no van á alcanzar para migajas. Es fácil que los mate el pueblo de Madrid, como dicen que murió el gitano, de un *orsequio*. Acerca de las razones que puedan mediar para que los marinos no se detengan sino tan breves horas, se susurra algo relacionado también con la política internacional.

Vengan por el tiempo que vengan, que sean bienvenidos.

Una de las escenas que más me hubiese gustado presenciar, por los ecos y las vibraciones que despertaría en el alma, es la visita que hicieron los de la Embajada marroquí á la torre de la Vela, en Granada. Al contemplar la vega incomparable; al abarcar el conjunto de la ciudad, de la Sultana, ceñida aún con el collar de sus torreones; al encontrar las huellas de su paso y de su dominación en aquellos jardines todavía orientales y en aquella mágica arquitectura, es fama que los moros, con religioso fatalismo, inclinaron la frente, cruzaron los brazos sobre el pecho, y con grave tono exclamaron: «¡Sólo Alá es grande!» — Si ahora los marinos de la escuadra argentina pudiesen objetivar sus impresiones, al

pisar las orillas del suelo ibero, al bajarse del tren en la capital de España (¡ya no de las Españas!), veríamos el más perfecto contraste con las nostalgias y las melancolías de los moros. Alegres y orgullosos estarán al sentirse jóvenes y fuertes retoños de un tronco viejo al cual le han amputado sus mejores ramas. Se sentirán ellos, los argentinos, vivos y caminando hacia el porvenir en una nación que sólo tiene de hermoso y de sugestivo su pasado. Y por opuesta razón que los moros, contemplando en qué paró tanta gloria y tanta empresa y tanta conquista y tanto inventar mundos, podrían pronunciar los marinos sentenciosamente esta frase, que es el epitafio de la vanidad y del orgullo de los pueblos: «¡Sólo Dios es grande!»

* *

Hay otra lección que puede desprenderse de la venida de los marinos argentinos y de la fiebre de obsequiarles que se ha desarrollado en Barcelona y en Madrid, comparada á la cortés y benévola indiferencia con que se ha visto pasar al hermano de una testa coronada. Y es que España, á pesar de su desorientación, se da cuenta, no tan claramente como sería de desear, pero con bastante viveza, de lo que la importa. Nada nos importa tanto como estrechar los lazos con las repúblicas sudamericanas. Ahí tenemos lo mejor de nuestra herencia; ahí se vinculan nuestras esperanzas. El comercio, el pensamiento, la existencia de la raza española, concentran en la América latina tal suma de intereses, materiales y espirituales, que en vez de admirarnos de la acogida hecha á los marinos, debiéramos extrañar la ignorancia en que aquí se vive respecto á esas tierras donde se habla nuestra lengua, y alienta, vivificado por todas las auras sanas de la moderna civilización, nuestra personalidad característica.

* *

Jamás he podido ver en un americano del Sur á un extranjero. La etnografía, la filología, la historia, nos unen de tal modo, que libres de nuestro dominio político siguen atados á España por lazos invisibles. Nos quieren, nos leen, nos dirigen testimonios de afecto. Nos socorren cuando sufrimos calamidades públicas. Nos respetan, por lo general, como se respeta á un antecesor. Nosotros les *soñamos*. Desembarcar en un puerto de América, constituiría para mí una de esas impresiones por las cuales merece vivir la vida. Cuanto más patriotas somos, mayor gratitud, mayor idealidad para la raza española de allende los mares. La patria no es sólo una expresión geográfica; es principalmente una expresión histórica y una especie de templo en que damos asilo á la tradición, á la esperanza del progreso y al noble instinto de engrandecimiento y de expansión intelectual y moral de las familias humanas. Todo lo que no haya sabido realizar España, nos queda el consuelo de creer que puedan realizarlo y están realizándolo ya en gran parte las naciones jóvenes de la América latina. En ella, pues, se refugia el ideal.

* *

Los esquimales están siendo visitadísimos en sus cabañas é instalaciones del Retiro. Se han puesto de moda. Las señoras van allí como se va á un teatrillo grotesco. Ya no me queda espacio para describir hoy á esos «hijos del polo», pero no quiero omitir la frase que se les atribuye. En su chapurrado inglés dicen que hacen un gran elogio de Madrid, de su temperatura, que nosotros creemos fría y ellos califican de benigna y deliciosa, de la amabilidad de la gente, del lujo, de la hermosura del arbolado y hasta de la belleza femenina; pero — añaden suspirando — «¡el pescado está demasiado fresco! ¡No nos dejan pudrirlo á nuestro gusto!»

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hemos tenido aquí estos días á una alteza portuguesa. El infante es, al parecer, sencillo, afable, apático, tranquilo, y por su aspecto exterior y por lo que se sabe de su carácter, la plácida y lenta sangre sajona domina en él á la sangre meridional lusitana, viva y acre. La impresión que produce el infante es de *bonhomie*, de un excelente señor que no se mete con nadie, que no siente ambiciones ni se queja de que la suerte le hiciese nacer algo más tarde para quitarle la corona, y se limita á vivir

«ni envidiado ni envidioso.»

* *

Y aquí hemos de reconocer que los tiempos cambian mucho, y no para mal, al contrario. ¿Qué se hicieron aquellos hermanos y tíos de reyes de las épocas merovingias, carlovingias y visigóticas, y aun más cerca; aquellos hermanos y tíos que dieron tanto juego á los dramaturgos y á los pintores, y cuyo *sport* favorito era decalvar, sacar los ojos, cortar los nervios y tendones de los pies, ó más radicalmente la cabeza, á sus hermanos y sobrinos, para quitarles bonitamente el trono? Ahora las cosas pasan de un modo enteramente distinto; ó por mejor decir, no pasan de ningún modo. Los allegados al trono no sueñan con él; hasta los hay que hacen lo posible por evitar que les toque el turno, como ciertos archiducos austriacos. Los más de ellos, en la penumbra, dejan correr las horas y los años con ocio y dignidad, cultivando sus manías favoritas, halagadas por el *mundo elegante*, que ve en ellos el reflejo fascinador del solio. De éstos se me figura que es el duque de Oporto, nuestro huésped.

Más feliz acaso que su hermano mayor, no tiene que atender á las consideraciones y miramientos que por lo común sujetan á los monarcas, impidiéndoles hacer lo que en aquel momento fuere de su real agrado. El infante viaja. Esto de viajar es un placer casi vedado para los reyes en el día. Son tantas las dificultades que se ofrecen al anuncio de un regio viaje, que los reyes van pareciéndose á esos objetos delicados de sobremesa y vitrina, para los cuales tres mudanzas equivalen á un incendio. Si el viaje es por Europa, complicaciones diplomáticas; si el viaje es por sus propios reinos, temores políticos. Antaño viajaban mucho más los reyes; conocían el mundo, aprendían lecciones provechosas. Isabel la Católica apenas hizo otra cosa sino viajar por sus Estados, arrojando molestias, pero enterándose de lo que convenía que supiese. Eran tiempos en que la monarquía circulaba; y se podía decir entonces lo que dijo no ha mucho un agudísimo escritor, cabalmente portugués: «La maleta es la antítesis del cetro. Éste esclaviza y aquélla liberta.»

* *

Ventaja es, pues, para el infante de Portugal haber nacido con retraso; así es dueño de pasear por donde quiera, y si se lo consiente el estado de su bolsillo, puede hasta permitirse pasar uno ó dos meses en la Exposición, divirtiéndose, comiendo en los *restaurants* de moda, donde se guisa bien, y asistiendo á